

E. MIRET MAGDA LENA

DOS tipos diferentes de hombre se delinean hacia el futuro: el hombre sensitivo, audiovisual, y el hombre de la contracultura.

El hombre audiovisual es el de la televisión, el "rock and roll" y el "uni sexo". El de la contracultura es el de la meditación zen o el de la revolución cultural. Dos vertientes activas de la contracultura, negadoras de la actual civilización occidental y muy distintas en cuanto a su concepción del hombre. Y entre medias se encuentran los hibridismos "hippies", que se indigestan de amor romántico-erótico, de drogas o de orientalismo barato.

Y a ninguno de estos tipos les han encontrado un cauce religioso las Iglesias. Los hombres audiovisuales, los más extendidos entre la juventud del porvenir, no quieren la Misa de guitarras, porque es una parodia superficial de lo que ellos sienten y viven. Los de la contracultura se sonríen de la ingenuidad que supone el avance del Catecismo holandés, por ejemplo. Y los de influencia "hippy" inventan por su cuenta la pintoresca Revolución de Jesús, aparte de las Iglesias, que es más una evasión entretenida y circunstancial que un cauce profundo para el futuro.

Lo necesario es que —como dice el profesor católico Pierre Babin— "venga poco a poco un nuevo tipo de vida cristiana y de comunidad, más próximo al tipo de los primeros cristianos que a los practicantes formales del domingo" (P. Babin, "Lo audiovisual y la fe". Ed. Marova). Un nuevo tipo religioso que esté en consonancia con el hombre que se está forjando.

Por eso, hablando de este primer hombre que se delinea en el futuro, el hombre audiovisual, hemos de hacer un esfuerzo los creyentes por lavar nuestro cerebro y revolucionar nuestras costumbres, para así llegar a alcanzar lo que este hombre vive y es, para intentar presentarle la fe que él puede tener. No la fe en que hemos sido educados, sino la fe nueva que corresponda al género de vida del futuro.

En cada época histórica, la fe cristiana se vive de distinta manera. En eso está el universalismo católico del Evangelio. Si no fuese así, se anquilosaría el mensaje de Jesús en una doctrina sectaria, sólo apta para grupos singulares apartados de los tiempos actuales.

Y, sin embargo, necesitamos encontrar los creyentes el modo de vivir la fe en nuestra

época, porque reconozcamos sinceramente que todavía no la hemos hallado.

La discusión paranoide entre avanzados y retrógrados —con su testarudez de visión superficial— está retrasando inútilmente este advenimiento tan necesario para que no quede reducido el cristianismo casi a cenizas de lo que fue.

Respecto a la Iglesia, decía el sociólogo Padre Greeley algo muy parecido a lo que acaba de decir el Papa: "La sociedad cristiana no es un puro registro o un padrón de vecinos técnicamente organizado". Si antes se dijo que la parroquia territorial era la organización religiosa primordial, hoy ya no lo es, porque la gran ciudad es todo menos un gran pueblo rural en el que esta célula eclesial tenía sentido para una vida agrícola y tradicional. Y tampoco van teniendo sentido muchas comunidades cristianas de base que o se parece mucho a la parroquia en pequeño (aun siendo mucho más vitales) o se convierten en una secta

EL NUEVO HOMBRE RELIGIOSO

idealista de cristianos progresistas. No, lo que hace falta es desarrollar el sentido personal del cristianismo y animarse los cristianos amigos (sin grandes ritos ni antiguos ni modernos) "en su vida familiar o de trabajo, en sus compromisos políticos, sociales y educativos" (Padre Greeley, "La Croix", 16 de septiembre de 1972). Un contacto de amistad cristiana, para animarnos mutuamente a superar el egoísmo, el automatismo y el materialismo mecanicista de nuestra vida actual de sociedad de consumo, es la misión del cristianismo. Como lo es fomentar también esa fe básica de la que hablaba recientemente Pablo VI diciendo: "Puede quedar en el corazón del hombre, aun sin fe, una orientación innata y, en el fondo, incoercible hacia el mundo divino, y esto ocurre hasta en el hombre moderno, tan profano... Permanece una necesidad inconstante y casi angustiada de 'Aquel que es'... A pesar de los ateísmos oficiales, permanece una exigencia religiosa, al menos como problema" (27 de

septiembre de 1972). Pero si nos centramos en discusiones superficiales, por si se debe llevar sotana o no, por si Guerra Campos es un retrógrado o un líder religioso, por si es heterodoxo o no el Catecismo holandés, por si pueden o no comulgar en nuestras iglesias los protestantes que creen en la Eucaristía, perdemos el tiempo y abandonamos el núcleo central de lo religioso, que es la fe. La fe en algo absoluto y dinámico, que está en el transfondo de todas las cosas naturales, sean materiales, sentimentales o espirituales, cuando se aprecian en lo que verdaderamente son. Es centrarse, ahondar y sentir la realidad y disfrutar de ella, y, no obstante, eso es lo que estamos perdiendo. No somos sino autómatas aparentemente felices del consumo por el consumo, y de la producción por la producción, o del desarrollo por el desarrollo, y de la posesión para poseer cada vez más. ¿Y no perdemos en esta ciega carrera lo único que vale, y que es la apreciación de las cosas que están ante nosotros, el disfrute de lo que está al alcance de nuestras manos? No tenemos tiempo de disfrutar de lo obvio, de lo cotidiano, de las pequeñas cosas de la vida, porque estamos abrumados de falta de tiempo para tener más. Despreciamos lo de ahora por lo de mañana, y no por afán de mejorar la sociedad, sino por egoísmo concentrado en uno mismo. Y así, nuestros hijos se sienten resentidos con nosotros, porque no tenemos tiempo de quererles y dedicarles atención; la sociedad es cada vez más inhumana, porque cada uno mira sólo hacia sí mismo; la religión no suele resolver nada, porque se centra todavía en la salvación del "yo", y los pocos que pretenden ser perfectos, repelen, porque son el colmo de la condescendencia fría e interesada, sin verdadero y humano interés por el hombre concreto y por las cosas tal y como son naturalmente. Es la época de la agitación sin reposo, sin disfrute sensitivo de las realidades espontáneas de la Creación, el mundo del "super-ego" consumista y del egocentrismo más radical, que nos hace unos verdaderos solitarios de la soledad.

Y, sin embargo, en la religión de los hombres concretos de hoy debería estar el poder de echar una mano a este hombre angustiado, agobiado y en tensión de prisa, de posesión cuantitativa y de afán de seguridad individual. Pero no lo suele hacer, centrada como está en sus pequeñas querellas de grupo y en sus añoranzas de una civilización del pasado que ya no volverá más.